

HERMANOS EN COMUNIDAD



**Hermano Hervé ZAMOR, Superior General
HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA**

Abril de 2020

Circular 316

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I ACOGER EL DON DE LA FRATERNIDAD.....	7
Un mismo Espíritu, pero dones diversos.....	8
Al servicio del bien común.....	12
Todos hermanos en Cristo.....	14
En herencia.....	15
En plural.....	17
Al contrario que el mundo.....	19
En modo solidario.....	21
Con los colores del arco iris.....	23
CAPÍTULO II COMPARTIR EL DON DE LA FRATERNIDAD.....	25
Fieles al ejemplo de los primeros cristianos.....	26
Vender y compartir.....	38
Todos los días, con un único corazón.....	40
Con toda sencillez de corazón.....	43
Con alegría.....	44
CAPÍTULO III OFRECER EL DON DE LA FRATERNIDAD	47
En la escuela del Buen Samaritano.....	47
El Buen Samaritano mira.....	48
El Buen Samaritano simpatiza.....	49
El Buen Samaritano se acerca.....	51
El Buen Samaritano vendar las heridas.....	52
El Buen Samaritano pone aceite y vino.....	53
El Buen Samaritano le carga sobre su propia cabalgadura.	54
El Buen Samaritano le lleva - él mismo - a la posada.....	55
El Buen Samaritano le cuida.....	56
CONCLUSIÓN	57

INTRODUCCIÓN

El Capítulo General de marzo de 2018 nos anima a *vivir de forma nueva nuestro 'ser Hermanos', a dejaros realmente convertir por Dios para la fraternidad*¹. En efecto, la fecundidad y la belleza de nuestra Congregación dependen en gran medida de la vitalidad de cada Hermano Menesiano y de cada Comunidad. ¿No se pone de manifiesto la calidad de un árbol por los frutos que nos brinda?

Esta **Circular nº 316 “Hermanos en Comunidad”**, quiere exhortarnos a que volvamos a las fuentes, si es que queremos acoger la gracia de la conversión a la Vida Fraternal y a ser fecundos. Nos invita a que nos arriesguemos a salir al encuentro si *“queremos construir Comunidades que acojan, que sepan perdonar, que acierten a curar heridas y que vivan en profunda comunión fraterna.”*² Nos incita a que salgamos a las periferias porque el Señor nos cita allí y Él mismo nos precede.

Esta Circular va dirigida a todos los Hermanos - mayores y más jóvenes -, para que se presten un mutuo apoyo para avanzar juntos por el sendero de la santidad que no es otro que el camino de la disposición a dejarse *“convertir por Dios a la fraternidad”*. De esta manera, la santidad se convertirá en el más bello rostro de la Congregación y de la Iglesia (*cf. Gaudete et Exultate, n^o 9*). También los Laicos Menesianos, podrán sacar provecho de ella,

¹ Capítulo General 2018, n^o 13a.

² *Ibíd.*, n^o 13c.

profundizando el *Carisma de la Fraternidad* que están invitados a compartir con los Hermanos. ¿No es una excelente oportunidad para cada Hermano y para cada Comunidad “*cada vez más ‘en modo Familia Menesiana’*.”?³

“**Hermanos en Comunidad**” se compone de 3 capítulos. El primero ofrece una reflexión sobre *la Vida de Comunidad como don de Dios*, el segundo insiste en la *Comunión fraterna* y el último explica *la razón de ser de la Comunidad*: su dimensión misionera.

Más que una Circular para leer, desearía que “**Hermanos en Comunidad**”, fuese realmente una herramienta de formación permanente para cada Comunidad. En este sentido, se harán frecuentes preguntas a lo largo del texto, para que nos ayude a ‘*dar un paso más*’. ¿Por qué no elaborar un programa de encuentros y de reflexión para profundizar juntos en esta Circular? Así que, invito a los Superiores de Comunidad a ser audaces y creativos para que cada Hermano aproveche esta herramienta para centrar - más radicalmente - su vida en Cristo “*primogénito de una multitud de hermanos*” (Rom 8, 29).

¡Ojalá que la meditación de esta Circular “**Hermanos en Comunidad**” nos haga experimentar la hermosura de “*ser hermanos juntos*” y que nos comprometa resueltamente a caminar por el sendero de “*la conversión a la fraternidad*”!

³ *Ibíd.*, n^o 16d.

CAPÍTULO I

ACOGER EL DON DE LA FRATERNIDAD

“¡Si conocieras el don de Dios!” le dijo Jesús a la Samaritana (Jn 4, 10). El don de Dios por excelencia es la propia persona del Hijo, *“el primogénito de una multitud de hermanos”* (Rom 8, 29). Al encarnarse, el Verbo de Dios, se hizo uno de nosotros y así nos enseña a **‘vivir como Hermanos’**.

“Los Hermanos viviendo la vida de Dios - que es amor y modelo misterioso de relaciones personales - reunidos en nombre de Cristo, gozan de su presencia y se mantienen en la unión por su plegaria al Padre: “Que todos sean uno.” (Jn 17, 21) **[Regla de Vida, C 34]**.

Por lo tanto, acoger el **don de la fraternidad** propuesto por Jesús, es abrir el corazón y las manos para recibir al Espíritu que nos hace hijos adoptivos y que nos enseña a llamar *“Padre nuestro”* a Dios (Rm 8, 15).

El texto del Apóstol S. Pablo a los Corintios (**1 Co 12, 4-31**) que habla de los dones espirituales o carismas, nos servirá de hilo conductor para este capítulo. Nuestro objetivo no es hacer un estudio exegético de este pasaje paulino, sino más bien una lectura espiritual que pueda dar luz al carisma de la fraternidad recibido del Señor por don del Espíritu Santo.

Un mismo Espíritu, pero dones diversos.

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de actividades pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.” (1 Co 12, 4-6)

Vivir como **Hermanos en Comunidad** es un don de la Gracia de Dios infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo. En efecto, es el Espíritu quien nos hace descubrir la belleza de la Vida en Fraternidad. Éste mismo Espíritu es quien suscita en nosotros el deseo de responder a él y de serle fieles. Y también, es Él quien acompaña y sostiene esta atracción hacia el ‘*vivir-juntos*’. Y es el propio Espíritu el que reúne a los que son llamados a una experiencia como discípulos.

Los dones de la gracia de la fraternidad *“son diversos, pero el Espíritu es uno solo”* (1 Co 12, 4). Cuando miramos la realidad de nuestros Hermanos y de nuestras diferentes Comunidades, nos damos cuenta de que *el carisma de la fraternidad* puede expresarse de diferentes formas. Hay, por ejemplo, Hermanos que saben solucionar un conflicto con gracia. Su buen humor les convierte en ‘*antidepresivos*’, con frecuencia son buscados por su agradable compañía. Otros creen y están ligados a los valores de la Vida Comunitaria. Son verdaderas ‘*rocas*’ en las que toda la Comunidad se apoya para crecer. Son muy estimados por su lealtad y todos saben que pueden contar con ellos. Otros son valiosos por su capacidad para ‘*limar asperezas*’ y por su respeto a todo el mundo. Son capaces de escuchar hasta el final sin juzgar. Excelentes árbitros en los conflictos, son auténticos y soñados mediadores en cualquier situación: imparciales y hábiles restaurando la comunión. Por fin, hay otros que sobresalen por su disponibilidad y por su apertura a los demás. Llenos de tacto, están siempre atentos a todo lo que puede ser de interés para el otro.

Estas categorías de Hermanos, como lo afirmó el H. Bernard Gaudeul, “*disponen de reservas inagotables de paciencia y de bondad. Son los rayos de sol que caldean los corazones y hacen felices a las Comunidades.*”⁴

“*Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo.*” (1 Co 12, 5). En efecto, gran número de Hermanos han recibido el **don del servicio** que edifica y consolida la vida fraterna en Comunidad. Estos humildes obreros de la Viña del Señor, sirven siendo ante todo **‘testigos creíbles de fraternidad.’**

Ciertos Hermanos han optado por la *santa indiferencia* de la que habla S. Ignacio, la que conduce a la libertad interior y que lleva a buscar la voluntad de Dios en todas las cosas, en todos los lugares y siempre en comunión con el que está a su lado. Con esto, encarnan la bienaventuranza de la **pobreza de corazón**. Otros han aprendido día tras día a obrar con **humilde dulzura** y han ido avanzando progresivamente por el sendero de la caridad perfecta que consiste - según santa Teresa de Lisieux - en “*sobrellevar los defectos de los demás y en no sorprenderse de sus debilidades.*”⁵ Otros han aprendido a **llorar con los que son probados**. Es su pedagogía sobre la manera de ayudar a los demás a sobrellevar las penalidades de su vida. De hecho, se esfuerzan en ser discípulos de Cristo para con los que sufren y se duelen en su caminar hacia la vida perfecta.

Otro grupo de Hermanos sirven a la vida fraterna en comunidad, **buscando la justicia** ‘*con hambre y sed*’. Logran ordenar su vida a partir del doble principio del amor: amar a Dios y amar al prójimo. Concretamente, vigilan su fidelidad a la oración comunitaria, a la meditación, al sacramento de la reconciliación, a la Visita al Santísimo, a la Lectio Vitae y a la oración mariana. Prestan atención a cada persona mostrándole afecto, estima y consideración. Viven la caridad y la discreción para con todos. Saben infundir ánimos y esperanza en los

⁴ H. Bernard GAUDEUL. Llamados en Comunidad, p. 11

⁵ Papa Francisco, Gaudete et Exsultate, n° 72.

momentos de prueba. Pregonan su alegría de pertenecer a una Congregación que opta por Dios Solo y que se abandona a la Providencia. Se toman en serio su formación permanente, convencidos de que ése es el camino para seguir creciendo.

Otra categoría de Hermanos se ha comprometido a mirar y a obrar con **entrañas de misericordia** a ejemplo del Padre misericordioso del que habla el Evangelio de Lucas (Lc 15, 11-13). Pacientes como ese padre, estos Hermanos saben dar tiempo y esperar el regreso, la conversión del hermano pródigo. Fieles al ejemplo de ese padre, han aprendido a amar al hermano tal como es, con sus defectos, sus caídas y su pecado. Generosos como el padre, están dispuestos a '*matar el cordero cebado*' para celebrar cada insignificante victoria del co-hermano sobre un mal hábito, son capaces de andar dos millas con el que le pidió sólo que le acompañara una (Mt 5, 41). Confiados, a imagen del padre, creen que el cambio del otro es sincero y que merece la pena animarle y estar a su lado. Del mismo modo que el padre, abren sus brazos para acoger, tanto al hermano mayor, siempre fiel pero rígido y que le reprocha su excesiva bondad, como al hermano pródigo, que '*no merece ya ser llamado hijo suyo.*'

Otros Hermanos, consagran toda su energía a vivir la bienaventuranza del **corazón puro** que "*pide el don de sí al hermano desde lo íntimo del corazón.*"⁶ Saben, como lo afirma el apóstol S. Pablo que "*cuando deis todos vuestros bienes en limosnas o entreguéis vuestros cuerpos a las llamas, si no tenéis caridad, nada sois*" (1 Co 13, 3). Vivir la caridad cada día, sobre todo cuando tu hermano es rebelde y hace todo para provocar tu agresividad, constituye un verdadero camino de purificación del corazón y de santificación para estos Hermanos.

El último grupo de Hermanos busca **sembrar paz** allá donde vayan.

⁶ Papa Francisco, *Ibíd.*, nº 85.

“No es fácil construir esta paz evangélica, que no excluye a nadie, que incluye de la misma manera a los que son un poco raros, a los compañeros difíciles y complicados, a los que reclaman más atención, a los que son diferentes, a los maltratados por la vida y a los que tienen intereses distintos.”⁷

Para estos *artistas*, sembrar paz es un *arte* que exige serenidad, creatividad, sensibilidad, sentido de la escucha y destreza. Haciéndolo, ayudan a sus co-hermanos a construir puentes y no a levantar barricadas.

“Hay diversidad de funciones, pero el Señor es el mismo” (1 Co 12, 6). Hermanos más **“Marta”** que **“María”** (Lc 10, 38-42) a menudo acaparados por la multitud de ocupaciones de la vida fraterna, sirven a Jesús y a sus co-hermanos sacando adelante las tareas que se les confían y poniendo todo el corazón en cada cosa que hacen. Se preocupan del bienestar de todos los que tienen a su alrededor. Creativos e inventivos, se les ve de continuo buscando nuevas soluciones para mejorar el marco de la vida fraterna. Muchos de ellos poseen un sentido innato de la expresión de los símbolos y del arte. Crean belleza espontáneamente a su alrededor, tanto en comunidad como en los lugares de su apostolado. Optimistas que son, saben *‘levantar la moral de la tropa’* y dar ánimos a quienes van perdiendo confianza. Dotados de grandes capacidades de organización, prevén y organizan todo para que cada uno se sienta a gusto, encuentre su lugar y aporte su granito de arena a la gran obra del *‘vivir-juntos’*. Rebosantes de energía, estos obreros infatigables, *‘meten sus manos en la masa’*, aceptan los desafíos y son siempre los primeros en comprometerse. Son los hombres de decisión por excelencia. Dotados de múltiples antenas para detectar lo que el otro prefiere o lo que echa de menos, saben anticiparse para ofrecerle sus servicios.

⁷ Papa Francisco, *Ibíd.*, n^o 89.

Por el contrario, otros Hermanos son más “**María**” que “**Marta**”. Prefieren estar sentados a los pies del Señor y escuchar su Palabra. Pasan horas sin fin ante el Sagrario, rezando por las vocaciones, pidiendo por los niños y por los jóvenes que les han sido confiados y llevando en sus brazos a los Hermanos y a los Laicos que siguen trabajando en la misión educativa. No se cansan jamás de contemplar el rostro del Hijo, “*el primogénito de una multitud de hermanos.*” Desgranan cada día su rosario, - en silencio - sin cansarse nunca. Como Jesús, saben retirarse a la soledad para rezar (Lc 5, 16) y pasan - a veces - toda la noche rezando imitándole (Lc 5, 12). En efecto, cuanto más se acercan a Jesús - el hermano mayor - más se convierten ellos en hermanos con los que comparten su presencia.

Al servicio del bien común.

“Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos. Por medio del Espíritu, a unos les concede que hablen con sabiduría y a otros, por el mismo Espíritu, les concede que hablen con profundo conocimiento. Unos reciben fe por medio del mismo Espíritu y otros reciben el don de curar enfermos. Unos reciben poder para hacer milagros y otros tienen el don de profecía. A unos, Dios les da la capacidad de distinguir entre los espíritus falsos y el Espíritu verdadero y a otros la capacidad de hablar en lenguas y todavía, a otros les da la capacidad de interpretar lo que se ha dicho en esas lenguas. Pero todas estas cosas las hace con su poder el único y mismo Espíritu, dando a cada persona lo que a Él mejor le parece.” (1 Co 12, 7-11)

“Dando a cada persona lo que a Él mejor le parece en vistas al bien común (1 Co 12, 7). Los dones del Espíritu a los Hermanos (1 Co 12, 8-10) - llámense: sabiduría, ciencia, fe, sanación,

milagro, profecía o don de lenguas - están al servicio del bien común por excelencia: la Fraternidad. ¿No se reconoce un árbol por los frutos que da? A este propósito, el apóstol S. Pablo, en su Carta a los Gálatas, describe los frutos del Espíritu con nombres como: *“amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benevolencia, fidelidad, dulzura o dominio de sí.”* (Gal 5, 22,23).

De esta manera, los pequeños gestos de amor de numerosos Hermanos, convierten a nuestras Comunidades en algo más bello, más feliz, más acogedor y más atractivo. A pesar de las propias limitaciones y debilidades, cuando se esfuerzan en vivir en fidelidad y en compartir la alegría que les inunda, se convierten en *“espléndido testimonio, anuncio eficaz, compañía y proximidad para las mujeres y hombres que comparten con ellos la historia y se acercan a la Iglesia como a la ‘casa paterna’*.”⁸

Cuando los Hermanos se esfuerzan por vivir en **‘paz’** con los que el Señor ha puesto en su camino, hacen saborear a los demás la **‘dulzura’** de la ***Vida Fraterna en Comunidad***.

Cuando se entrenan en la **‘paciencia’** consigo mismo y con los demás, aprenden - al mismo tiempo - el **dominio de sí**.

Cuando saben ser **‘benévolos’** con los que - a priori - les resultan antipáticos, permiten a los demás experimentar la belleza de la **bondad**.

Todos estos valores relacionales, vividos en el día a día, en los pequeños detalles, construyen pacientemente Comunidades más fieles al Evangelio y al Espíritu de la Congregación, fundamentado en la Fe, la Humildad, la Caridad y la Abnegación.

En conclusión, - como lo afirma el Papa Francisco - *“la dulzura es capaz de derrotar al corazón, salvar amistades y muchas otras cosas más. No hay tierra más hermosa que el corazón del otro, no hay territorio más bello que conquistar, que la paz reencontrada con el hermano. ¡Esa es la tierra que se nos entregó como heredad!”*⁹

⁸ CIVCSVA, Regocijaos, nº 1.

⁹ Papa Francisco, Audiencia general, 19 de febrero de 2020.

Todos hermanos en Cristo.

“Porque, así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, - aun siendo muchos -, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, tanto judíos como griegos, tanto siervos como libres, fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. (1 Co 12, 12-13).

Pablo pone de relieve la comunión que existe - de hecho - entre los miembros del cuerpo. En Jesucristo, todos nosotros, judíos o paganos, esclavos u hombres libres, no formamos más que un solo cuerpo. De la misma manera, en nuestra Congregación o en nuestras Comunidades, no hay ni africanos, ni europeos, ni de Oceanía ni de América, porque todos somos hermanos (Mt 23, 8). De aquí en adelante ya no existe ni Hermanos jóvenes ni Hermanos mayores, ni Hermanos directores, ni Hermanos superiores, porque todos somos miembros de un único cuerpo que se llama Congregación.

Esta fraternidad, la hemos recibido como un regalo magnífico de la **Trinidad**, es decir del Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. En efecto, *“Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó”* (Gn 1, 27). Este don tiene una doble implicación para nuestra vida fraterna en Comunidad.

La vida trinitaria es fundamentalmente una Vida de relación, y se basa en la **comunión**. Decir que nosotros hemos sido creados a imagen de Dios, viene a afirmar que nuestra primera vocación consiste en desarrollar una vida de relaciones, fundada en una doble comunión: la primera - la vertical - con Dios y la segunda - la horizontal - con nuestros hermanos. El horizonte de nuestra vida de **Hermanos en Comunidad** es - con la gracia de Dios - vivir como hijos de un mismo Padre y como hermanos de Jesús.

La vida trinitaria nos recuerda también que nuestra vocación es una llamada a la **fraternidad**. El **Concilio Vaticano II** afirma: *“El hombre - en su naturaleza más íntima - es un ser social y sin relaciones con los demás, no puede ni vivir ni desarrollar sus cualidades.”*¹⁰ Dicho de otro modo, nos realizamos, no en el aislamiento sino en la vida fraterna, en Comunidad. Para educarnos en esta *‘fraternidad’*, Dios nos propone la pedagogía de la caridad que consiste en amar al otro con amor gratuito y desinteresado: cuanto más amamos, más nos educamos en la labor de *‘ser-hermanos-juntos’*.

La Trinidad nos enseña, por fin, que todo co-hermano tiene el derecho al **respeto**. Etimológicamente, el término **“respeto”** (del latín re-spectare) significa estimar, admirar, evaluar, - en el sentido de medir, atribuir un valor - mantener la distancia justa. En efecto, toda persona es digna de estima y de admiración, porque ha sido creada a imagen de Dios. La vivencia de este respeto, presupone toda una espiritualidad que consiste en considerar al hermano como un *‘alter ego’*, un *‘otro yo’*, por lo tanto, un lugar teológicamente privilegiado para aprender a amar a Dios.

En herencia.

“Porque, así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros. Si el pie dijera: «Como no soy mano, no soy del cuerpo», no por eso dejaría de ser del cuerpo. Y si dijera el oído: «Como no soy ojo, no soy del cuerpo», no por eso dejaría de ser del cuerpo.” (1 Co 12, 14-16)

S. Pablo enfatiza la unidad de base que aúna los diferentes miembros del cuerpo. Este sentido de pertenencia a un todo, lleva la impronta de una herencia recibida y aceptada. Hay una pertenencia que trasciende las singularidades y la especificidad

¹⁰ Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes n^o 12, 4.

de cada miembro. *“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Porque somos sus hijos, por tanto, herederos: herederos de Dios y co-herederos con Cristo.”* (Rm 8, 16-17).

La fraternidad recibida en herencia nos lleva por el **sendero de la amistad**. Efectivamente, Jesús, *el hermano mayor*, no nos llama siervos, sino amigos (Jn 15, 15), más que un título o un adjetivo. Actuando así, Jesús nos introduce en su intimidad: *todo lo que ha oído de su Padre, nos lo da a conocer*. Para seguir siendo su amigo, nos invita a realizar lo que nos manda.

A ejemplo de Jesús, como nos lo recuerda nuestra **Regla de Vida**, nuestra amistad ha de ser gratuita y expresarse *“sin equívocos, con prudencia, claridad, sencillez y respeto a los demás”* (D 39). Es así como nos convertiremos en verdaderos compañeros de camino, ayudando a nuestros Hermanos a avanzar por el camino de una vida más feliz.

La fraternidad ofrecida por el Señor Jesús, nos ofrece la **pedagogía de la compañía**. Como lo hizo en otro tiempo con los discípulos desanimados, decepcionados por la muerte de su Maestro, el Señor resucitado sigue haciéndose el encontradizo en los diversos caminos hacia Emaús para encender nuestro corazón, para explicarnos las Escrituras y para compartir nuestro pan (Lc 24, 13-35). Él es el primero en lanzarse a dar un paso hacia la fraternidad poniéndose a nuestra escucha para que pudiéramos comunicar lo que llevamos en lo más profundo de nosotros. Luego, haciéndose nuestro compañero de camino, nos ayuda a descubrir la verdad para llevarnos a la luz. Más tarde, *‘dejándonos hablar’*, según la bonita expresión de Martin Heidegger, Jesús logra infundirnos aliento y dar sentido a lo que hemos vivido. Finalmente, llegados cada uno a su Emaús y respondiendo a nuestra invitación, Jesús, el hermano mayor,

entra para quedarse en nuestra casa. Y esta hospitalidad ofrecida, se convierte en la oportunidad de un nuevo viaje hacia la Comunidad de Jerusalén, donde nos esperan los demás hermanos.

La Comunidad recibida como herencia, nos propone la **metodología del servicio**. Justo antes de su muerte y su resurrección, el Señor, durante una comida, se levanta de la mesa, deja su túnica, se ciñe una toalla a la cintura, pone agua en una jofaina y se pone a lavar los pies de sus apóstoles (Jn 13, 1-17). Al final de este acto simbólico que prefigura su vida entregada a los hombres, Cristo invita a sus hermanos a que sigan su ejemplo: *“si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”* (Jn 13, 14). Lavarse los pies unos a otros, se convierte en la **pedagogía del servicio en la fraternidad**. Dicho de otro modo, cuanto más aprendemos a lavar los pies, en tanto más Hermanos nos convertimos.

En plural.

“Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿qué sería del oído? Si todo el cuerpo fuera oído, ¿qué sería del olfato? En realidad, Dios colocó cada miembro del cuerpo como mejor le pareció. Si todos ellos fueran un solo miembro, ¿qué sería del cuerpo? Lo cierto es que hay muchos miembros, pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decirle a la mano: «No te necesito». Ni puede la cabeza decirles a los pies: «No os necesito». (1 Co 12, 17-21)

Pablo subraya la complementariedad de los diferentes miembros para el buen funcionamiento del cuerpo. Cada órgano tiene su propio cometido: los ojos no pueden remplazar a los oídos, ni las manos ocupar el lugar de los pies. Cada miembro tiene su propia importancia. Es la **sincronización del plural** lo que asegura la buena marcha del conjunto.

En clave menesiana, el '*ser-Hermano-juntos*' también se tiene que conjugar en plural, si queremos que nuestras diferentes Comunidades funcionen bien como un cuerpo. La fraternidad está en plural, cuando, como familia, aprendemos a velar con delicada atención por los co-hermanos que tienen mayores necesidades: ancianos, enfermos, jóvenes, ... Esta consideración con el necesitado tiene nombre: caridad, comunión fraterna, proximidad. *"Lo que más me complace es saber que la caridad reina entre vosotros. Esta unión íntima y verdaderamente fraterna será vuestra fuerza y vuestra dicha: conservadla como un tesoro."*¹¹ Como en una familia, aprendemos un '*saber-estar*' juntos, que da prioridad al amor fraterno y a la ayuda mutua.

La fraternidad está en plural cuando, como en un hospital, somos los médicos que curan a los Hermanos con el aceite de la consolación y de la misericordia, con el bálsamo de la solidaridad y de la caridad y con el perfume de la ternura y de la dulzura. *"Vuestro ministerio tiene que ser siempre un ministerio de misericordia y de caridad. Además, no se gana nada con la aspereza."*¹² Por ello, invitamos a nuestras Comunidades a convertirse, - según la hermosa expresión del Papa Francisco - en ***hospitales de campaña*** en donde se cuida a los heridos y se encienden los corazones por medio de la proximidad y de la amabilidad. Nuestro Capítulo General nos ha exhortado también a *"construir Comunidades de acogida, de perdón, de sanación de heridas y de comunión fraterna profunda, ... a ser islotes de misericordia en el océano de la indiferencia."*¹³

La fraternidad está en plural cuando, - como buenos panaderos -, ofrecemos a nuestros hermanos *el pan del cariño*, sabiendo manifestar nuestro amor y nuestra compasión, *el pan del aprecio valorador*, aprendiendo a decir cosas buenas de

¹¹ Juan María de la Mennais al H. Hervé, el 13 de abril de 1843.

¹² Juan María de la Mennais al H. Arthur, el 23 de noviembre de 1846.

¹³ Capítulo General 2018, nº 13c.

todos, el *pan del apoyo seguro*, ofreciendo a los hermanos la protección que necesitan para crecer en esperanza. Nuestras Comunidades están pues llamadas a convertirse en casas donde se distribuye el pan de la amistad, de la dulzura y de la paz, a través de la bondad de cada uno.

La fraternidad está en plural cuando - como en la Iglesia - nos apresuramos a prestarnos apoyo mutuo para ir a Dios, cuando nos alegramos de la dicha del hermano y cuando compartimos las penas de los que sufren.

“Que el amor fraterno reine entre todos los que forman Comunidad, que cada uno sea feliz con la alegría de los demás, que sufra con sus penas, que todos se presten mutua ayuda para ir a Dios y cumplir con sus obras, prestándose mutuo apoyo, evitando las contiendas, las rivalidades y todo lo que hiere o altera la caridad.”¹⁴

En este sentido, el Papa Francisco no cesa de recordarnos que *“estamos todos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo un testimonio personal en nuestras ocupaciones cotidianas, allá donde estemos.”¹⁵*

Al contrario que el mundo.

“Al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son indispensables y a los que nos parecen menos honrosos, los tratamos con honra especial. Y se les trata con especial modestia a los miembros que nos parecen menos presentables, mientras que los más presentables no requieren trato especial. Así Dios ha dispuesto los miembros de nuestro cuerpo, dando mayor honra a los que menos tenían,” (1 Co 12, 22-24)

¹⁴ Regla de 1835.

¹⁵ Papa Francisco, Gaudete et Exsultate, nº 14

El apóstol S. Pablo reclama nuestra atención sobre una realidad de nuestra vida diaria. En general, damos mayor importancia a los miembros más frágiles de nuestro cuerpo y nos preocupamos por ellos. Esta sabiduría llena de buen sentido, **¿no es la lógica del Evangelio?** Eso es lo que María canta en el Magníficat: *“el Señor, derriba a los poderosos de sus tronos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y despide a los ricos sin nada.”* (Lc 1, 52-53) **¡Esta pedagogía no es la del mundo!**

La fraternidad recibida en herencia es, ante todo, evangélica, es decir, que defiende y **protege a los más débiles**. Sabe levantar a los postrados. Evita apagar la mecha que aun humea y cascar la caña doblada. Presta su voz a los *‘sin-voz’*. Para el Papa Francisco, escuchar el grito de los pobres es el primer paso hacia la fidelidad al Evangelio. En este sentido, nos ofrece dos criterios para ayudarnos a discernir si vivimos una fraternidad conforme al Evangelio. El primero consiste en verificar si nos dejamos conmover por la miseria y por el grito del pobre. El segundo criterio nos invita a evaluar nuestra propia capacidad de ser solidarios con aquel a quien - evitando el despilfarro diario - le *‘enseñamos a pescar’*, en lugar de regalarle un pez cada día.

¿Nos sentimos tocados - hasta nuestras propias entrañas - por cualquier forma de pobreza que llama a nuestra puerta? ¿Escuchamos el grito de todos nuestros hermanos, de todos los hambrientos que nos gritan socorro y que nos piden ayuda, asistencia y protección? ¿Cómo les demostramos nuestra solidaridad?

La fraternidad evangélica a la que estamos llamados, se esfuerza por vivir la opción preferencial por los más desfavorecidos. En principio, no se trata de *‘hacer cosas por ellos’* sino, más bien, de desarrollar una nueva forma de ser, respecto a ellos. ¿Qué significaría eso? Dos formas de presencia o mejor

aún, dos formas de ser que tenemos que privilegiar. La primera consiste en **cambiar nuestra mirada**. Efectivamente, tenemos más que recibir de los pobres que lo que nosotros les podemos ofrecer. Debemos dejarnos evangelizar por ellos. *“Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestar nuestra voz a sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharles, a comprenderles y a acoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.”*¹⁶ La segunda forma, nos invita a **desarrollar una atención amorosa** hacia ellos. *“Sólo a partir de esta atención amorosa, de esta cercanía real y cordial podremos acompañarles - como es de ley - por su camino de liberación.”*¹⁷

La fraternidad que nos propone el Evangelio, nos exhorta a saber ser cuidadosos. Estamos invitados a prestar atención especial a tres grandes categorías de fragilidades. ¿Qué podríamos hacer por nuestros hermanos y hermanas víctimas de la *‘trata de personas’*? ¿Cómo hacernos presentes a los *‘niños de la calle’* que nos piden pan? ¿Cómo tener *cuidado con la creación* para que leguemos a las nuevas generaciones, un planeta con mejor salud? Esta llamada ya nos la hizo nuestro Capítulo General 2018 cuando nos pidió que fuésemos *“Hermanos de los jóvenes y de los pobres y Hermanos de la creación”*¹⁸

En modo solidario.

“Dios ha dispuesto que no haya división en el cuerpo, sino que sus miembros se preocupen por igual unos de otros. Si uno de los miembros sufre, los demás comparten su sufrimiento; y, si uno de ellos recibe honor, los demás se alegran con él.” (1 Co 12, 25-26)

¹⁶ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 198.

¹⁷ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 199.

¹⁸ Capítulo General 2018, n° 13 b.

S. Pablo pone el acento en la solidaridad intrínseca que une a los diferentes miembros del cuerpo. Se comparten los sufrimientos tanto como las alegrías o los honores. ¡Qué bonita pedagogía para aprender a caminar juntos, a darse la mano para avanzar y crecer!

Aprender a caminar juntos no es otra cosa que esforzarse por vivir cada día la **fraternidad sinodal**. ¿Qué quiere decir eso? Es una fraternidad que promueve la participación y la corresponsabilidad. A nadie se aparta y nadie debe apartarse. De esta manera es como aprendemos a caminar juntos, aunque esto implique adaptarse al ritmo del otro. Ésa es la única metodología para caminar con otro. Eso es lo que corrobora ese magnífico refrán africano: *“Si quieres ir rápido: camina solo. Si quieres ir lejos: camina con otros.”*

Se trata de una fraternidad basada en **la escucha** recíproca en la que cada Hermano tiene algo que dar y algo que recibir. Es un ejercicio para buscar juntos, - como a tientas - la voluntad de Dios para nuestra vida fraterna en Comunidad, aquí y ahora. Esto presupone revisar continuamente - junto con el otro - la calidad de mi escucha. ¡Un verdadero acto de humildad! El aprendizaje de esta atención al otro, en cuanto que exige una verdadera conversión y que conduce a la voluntad de Dios, ¿no se hace - en principio - de rodillas?

Aprender a caminar juntos, nos anima, por fin, al **diálogo**, que se define como conversación¹⁹ para *‘convertirnos a la fraternidad’*. Tal proyecto nos educa en la empatía que nos permite compartir la alegría de los que son felices, la pena de los que sufren y las preocupaciones de los que piden ayuda. ¡Qué magnífica pedagogía relacional para convertirnos en compañeros de camino de nuestros Hermanos!

¹⁹ Bruno Cadoré, “Avec Lui, escuchar el revés del mundo, p.191-195.

Con los colores del arco iris.

“Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es miembro de ese cuerpo. En la iglesia Dios ha puesto, en primer lugar, apóstoles, en segundo lugar, profetas, en tercer lugar, maestros, luego los que hacen milagros, después los que tienen dones para sanar enfermos, los que ayudan a otros, los que administran y los que hablan en diversas lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones para sanar enfermos? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Acaso interpretan todos? Vosotros ¡ambicionad los dones mayores!” (1 Co 12, 27-31).

El apóstol san Pablo presenta a los Corintios los diversos ministerios y carismas de la Iglesia ordenados al bien del cuerpo entero. Son los magníficos colores que hacen resaltar la belleza del arco iris. Cada matiz tiene su belleza, es vibrante, cada uno es diferente del otro. El conjunto nos transmite un magnífico mensaje de inclusión y de cohesión. Eso prueba lo hermosa que es la diversidad.

Acojamos pues esta fraternidad con los colores del arco iris. Es un don del Espíritu que florece y que infunde a nuestra Congregación: belleza, dinamismo y su unidad en la diversidad.

Según los países, el arco iris anuncia la lluvia o el sol. ¿No está ya ahí, a las puertas la primavera? este sol ¿no está ya anunciando el final del invierno?

La lluvia anunciada seguro que bendecirá nuestra vida fraterna en Comunidad y el sol previsto hará - seguro - que nuestras Comunidades sean cada vez más alegres, más felices y estén más abiertas a la misericordia de Dios.

CAPÍTULO II

COMPARTIR EL DON DE LA FRATERNIDAD.

“Con sencillez y alegría, los Hermanos aceptan compartir cuanto son, cuanto hacen y cuanto tienen. Sin haberse escogido, procuran conocerse y amarse con todo el afecto del corazón de Cristo. Día tras día, van edificando la Comunidad con la abnegación y el don generoso de sí mismos.” (Regla de Vida, C 37)

¡Qué magnífica y densa hoja de ruta la que ofrece nuestra Regla de Vida a nuestra vida fraterna en comunidad! ¡Compartir lo que somos! ¡Compartir lo que hacemos! ¡Compartir lo que tenemos! ¡Buscar conocernos y amarnos con todo el afecto del Corazón de Cristo! ¡Edificar día tras día la Comunidad!

¿No estamos un poco tentados de decir que *es demasiado hermoso para ser real*? Sin embargo, la gracia de Dios está preparada para fecundar nuestros esfuerzos si aceptamos abrir realmente nuestros corazones y nuestras manos para compartir el don de la fraternidad con los que nos han sido ofrecidos como compañeros de ruta. “*Sin Mí* - nos recuerda el Señor - *nada podéis hacer.*” (Jn 15, 5).

En este capítulo, el texto de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 41-47) nos servirá de guía para nuestras reflexiones. La primera comunidad cristiana ¿no fue la que compartió el don de la fraternidad que había recibido del Señor? “*La vida de esta comunidad y más aún, la experiencia de los 12 que habían*

*compartido todo con Cristo, han sido siempre el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado cuando ha querido revivir el fervor de los orígenes y proseguir su camino en la historia con un vigor evangélico renovado”.*²⁰

Fieles al ejemplo de los primeros cristianos.

“Entonces, los que habían acogido la palabra de Pedro, fueron bautizados. Ese día, cerca de 3.000 personas se unieron a ellos. Eran asiduos a las enseñanzas de los Apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a la oración. El temor del Señor estaba en todos los corazones, a la vista de los numerosos prodigios y signos llevados a cabo por los Apóstoles. Todos los creyentes vivían juntos y tenían todo en común.” (Hch 2, 41-44)

Para la primera comunidad cristiana, compartir el don de la fraternidad indicaba automáticamente una cuádruple fidelidad. Dicho de otro modo, los primeros cristianos, cuanto más participaban en la oración comunitaria y en la fracción del pan, más hermanos y hermanas se volvían y más se adherían a las enseñanzas de los Apóstoles. Cuanto más vivían la comunión fraterna y cuanto más fieles eran a la formación comunitaria, tanto más experimentaban la importancia de la oración y de la Eucaristía. Esta *fidelidad circular e integral* ha sido verdaderamente la fuente de su irradiación: *“Mirad cómo se aman.”*²¹

²⁰ Juan Pablo II, *“Vita Consecrata”* n°41.

²¹ Cf. El testimonio de los no-cristianos de la época, sobre los cristianos según Tertuliano. 155-220 a. C.

1- Seguir formándose.

Compartir el don de la fraternidad, es aprender a ser *“asiduos a las enseñanzas de los Apóstoles”*. ¿Qué queremos decir con eso? Que quien nos convoca para ser enviados quiere que seamos **‘Comunidad de discípulos’**, de la escuela del Maestro. En el sentido de que, *“cada uno está llamado a dejarse tocar, educar, provocar e iluminar por la vida y por la historia, porque ella anuncia y celebra, a los pobres y a los excluidos, a los cercanos y a los que están lejos.”*²² De hecho, se trata de dejarse formar, moldear, dar forma por la vida diaria, por la Comunidad, por los Hermanos, por la oración, por la misión apostólica, en las alegrías y cuando tocan lágrimas, en el éxito y en el fracaso. Dicho de otro modo, *“la vida es, o formación permanente o frustración permanente y ésta nos deteriora y nos empobrece”*²³ Muchas de las crisis en la vida consagrada ¿no tienen su origen en un empobrecimiento, llámese inexistencia absoluta de formación permanente? ¿No sufrimos desgraciadamente - con frecuencia - *‘de anemia espiritual o de anorexias’* que amenaza nuestra vitalidad, nuestra fecundidad y nuestro dinamismo?

¿Cómo participas en los tiempos fuertes de tu Provincia o de tu Distrito? ¿Poseen nuestras Comunidades una biblioteca que se renueva y que anima a la lectura y a la formación? ¿Qué parte del presupuesto comunitario se reserva a la formación permanente: adquisición de libros, abono a revistas y similares?

Compartir el don de la fraternidad significa también aprender a **formarse juntos** y a darse la mano para crecer *‘en gracia y en sabiduría, ante Dios y ante los hombres’* (Lc 2, 52). De este modo, la Comunidad se convertiría en un lugar donde todos aprenden a ser responsables de su propio crecimiento y del de los demás.

²² CIVCSVA, A vino nuevo, odres nuevos, p. 74.

²³ Amadeo Cencini, La formación permanente, Casa generalicia de la Orden Cisteriense, Roma, Septiembre de 2001, p. 2.

*¿Cómo aprovechamos el Proyecto Comunitario para crecer y formarnos juntos? Nuestra Regla de Vida nos manda dedicar al menos 2 horas por semana a la **'Lectura espiritual'** (C 45) ¿Estamos siendo fieles a esta herramienta de crecimiento que nos ofrece nuestra normativa? ¿Qué podemos hacer en Comunidad para ayudarnos en este campo? En el terreno de la ayuda mutua, sería bueno prever en el horario comunitario, - aunque solo fuera una hora por semana -, un **tiempo de Formación Permanente**. Así se podría leer y profundizar juntos en los Documentos de la Iglesia y de la Congregación. **Darnos la mano para crecer juntos** es una pedagogía contrastada para vivir la caridad fraterna de una manera práctica y eficaz. ¿Cómo es la calidad de mi presencia en Comunidad? ¿Cómo utilizo las nuevas tecnologías de la información y de las comunicaciones? (Móviles, internet, redes sociales) ¿Contribuyen a reforzar o a debilitar nuestros lazos fraternos?*

Compartir el don de la fraternidad nos lleva también a **imitar la actitud de María** que guarda, que medita en su corazón, (Lc 2, 19) y que se dedica cada día a hacer la voluntad de Dios. Seguir formándose exige pues, decisiones personales que pueden ayudar a cultivar la interioridad. *"El rocío del cielo sólo cae en el silencio de la noche"*, fecundando nuestra tierra para que dé frutos en abundancia. Por tanto, no puede existir formación sin adhesión ni contribución personal. *¡No se puede educar a nadie contra su voluntad!* Por eso es importante que a la persona consagrada *"se le forme en la libertad de aprender durante toda su existencia, en cualquier edad y en cualquier 'etapa de su vida', en cualquier ambiente y en todo contexto humano, a aprender de todos y de cualquier cultura que sea, para ser capaces de instruirse a partir de cualquier porción de verdad o de belleza que se encuentre a su alrededor."*²⁴

²⁴ CIVCSVA, Caminar desde Cristo, nº 15.

¿Tengo anotado algunos momentos de formación en mi Proyecto Personal? Si, sí ¿soy fiel a lo escrito?

Formarse nos lleva - finalmente - a aprender **a caminar siempre desde a Cristo**, “*el hermano mayor de una multitud de hermanos*”. En este sentido, la formación nunca se da por acabada porque tiene como objetivo la apropiación progresiva de los sentimientos del Hijo. Se trata de un proceso de gestación en el que nunca dejamos de ser principiantes. Cada día, Dios nos llama a vivir en disponibilidad permanente que no es otra cosa que una llamada a la conversión diaria. Cada mañana, el Señor nos invita a cambiar nuestros corazones a abandonar nuestros odres viejos y hacernos mar adentro para dejarnos educar, formar y acompañar. Nos dejamos educar cuando aceptamos la verdad profunda sobre nuestro ser. Nos dejamos formar cuando acogemos la nueva identidad que el Señor nos propone. Nos dejamos acompañar, cuando logramos compartir nuestro pan con el otro, nuestra esperanza en Dios, nuestro descenso a los infiernos, nuestras fragilidades. Cuando esto hacemos, nos vamos apropiando progresivamente de los sentimientos del Hijo: “*No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.*” (Ga 2, 20).

La formación permanente, - esta fidelidad a las enseñanzas de los Apóstoles - es, sin duda, **el Agua Viva** que da vitalidad a nuestra vida fraterna en Comunidad. Sin ella, corremos el riesgo de convertirnos en ese árbol que se reseca por falta de agua. ¿Seremos capaces de tener la audacia y la sencillez de la Samaritana para pedir el Agua Viva? (Jn 4, 1-42) que nos devolverá el frescor y el verdor? ¿sabremos oír - como el profeta Elías en el camino del monte Oreb - la voz del Señor que nos pide que “nos levantemos y comamos porque el camino va a ser largo? (I R 19, 7)

2- Vivir la comunión fraterna.

Los primeros cristianos eran *asiduos en la comunión fraterna*. Era su metodología para '*hacer iglesia*', para aprender a convertirse a la vida comunitaria, para darse la mano y para vivir como miembros de la única familia de Dios. Inspirados en su ejemplo, la vida fraterna en comunidad se convierte en "*una escuela donde se aprende a amar a Dios, a amar a los hermanos y a las hermanas con las que vive y a amar a la humanidad, que necesita de la misericordia de Dios y de la solidaridad fraterna.*"²⁵ Incluso podríamos afirmar que, el libro de los Hechos de los Apóstoles, era para las primeras comunidades cristianas una auténtica regla de vida. Les proporcionaba puntos de referencia para vivir la comunión fraterna en el día a día.

a) Para empezar, '*ser-hermanos-juntos*' es un don del Altísimo que hay que **esperar pacientemente** juntos, en familia, en '*el cenáculo*, en oración y en compañía de María (Hch 1, 13-14). De Dios aprendemos a recibir a nuestros hermanos como regalos, que vienen a embellecer nuestra vida comunitaria. El Señor es el que conoce los corazones y el que elige a los que quiere regalarnos como compañeros de camino, - como Matías - que vino a completar la comunidad apostólica (Hch 1, 24-25). Bautizados en el Espíritu Santo, (Hch 2, 1-18) nos volvemos aptos para hablar armoniosamente la lengua del amor que une, que derriba fronteras y que nos constituye en Comunidad de Hermanos. Como tan bien lo expresó S. Ambrosio, inspirado en la comunidad apostólica, vivimos - de ahora en adelante - de la "*sobria borrachera del Espíritu*"²⁶ que hace de nosotros profetas de fraternidad.

b) Vivir la comunión fraterna conduce a ofrecer a nuestros hermanos todo el **acompañamiento** que necesiten para levantarse y ponerse de pie en el seguimiento de Jesús (Hch 3, 1-26). De esta manera siguiendo a los apóstoles Pedro y Juan,

²⁵ CIVCSVA, La vida fraterna en Comunidad, nº 25.

²⁶ Himno de Laudes de la fiesta de S. Ambrosio : **Splendor paternae gloriae**.

nuestras Comunidades están llamadas a desarrollar *“el arte del acompañamiento que se caracteriza por la delicadeza con la que uno se acerca ‘a la tierra sagrada del otro’, dando - al caminar - el ritmo saludable de la proximidad, con mirada respetuosa y rebotante compasión pero que al mismo tiempo sana, libera y anima a madurar en la vida cristiana.”*²⁷ Esto implica también compartir y ser solidarios, lo que se puede expresar de muchas maneras: saber regalar nuestro tiempo al otro, visitar a un co-Hermano enfermo, servir gratuitamente, como Felipe, que se junta al Etíope y que acepta su invitación a montar a su lado en el carruaje (Hch 8, 31). Acompañar es también, saber caminar junto a un co-Hermano que quiere ir más lejos en su amistad con Cristo. Todos estos pequeños gestos y los miles de atenciones mutuas construyen un tipo de relaciones especiales entre los discípulos del Señor y les llevan a experimentar la belleza y la dulzura del *‘vivir-juntos’*.

c) Experimentar la comunión fraterna, - según la expresión atrevida del Papa Francisco -, es *“convertirse en el hospital de campaña”* que acoge a los hermanos enfermos en el nombre del Señor. Como el Apóstol Pedro, estamos invitados a **acercarnos a sus camillas** (Hch 5, 12-16) para que nuestra proximidad se convierta *“en ‘caricia’, sanación, infundidora de salud, efusión de la ternura del resucitado que se inclina sobre el enfermo y le devuelve la vida, la salud y la dignidad”*²⁸

d) Construir la comunidad fraterna, es aprender a buscar a tientas y juntos la voluntad de Dios. Para llegar a eso, se nos invita a - como a los Apóstoles ante el Sanedrín - (Hch 5, 26-39) a dar prioridad a la voluntad de Dios. Sólo lo que viene de Dios contribuye verdaderamente a la edificación de la vida comunitaria. ¡Más vale obedecer a Dios que a los hombres! Únicamente la fuerza de Dios da audacia y valentía para salir adelante, a pesar de los sufrimientos y de las cruces que

²⁷ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 169.

²⁸ Papa Francisco, Audiencia general, 28 de agosto de 2019.

podieran surgir en nuestro camino.

e) Realizar la comunión fraterna es, esforzarse en discernir juntos en **caridad y verdad**, poniéndonos a la escucha del Espíritu Santo, como fue el caso del Concilio de Jerusalén (Hechos 15, 1-20) cuando se trató de resolver los conflictos. A partir de esta experiencia sinodal, nuestras Comunidades son llamadas a ser lugares de escucha mutua en los que todos tienen algo que aprender. Los unos a la escucha de los otros y todos a la escucha del Espíritu: *“el Espíritu de la verdad”* (Jn 14, 17). De no ser así, nuestras reuniones comunitarias se convertirán en *sesiones parlamentarias* en las que primará la ley de la mayoría o de los que son capaces de imponerse con sus hermosos discursos.

f) Vivir la comunión fraterna, es saber ponerse al servicio de los demás para **promover la comunión y la unidad en la diversidad**. Ésa es nuestra *vocación diaconal* en nuestras Comunidades (Hch 6, 1-15) que ayuda a mantener el equilibrio entre el servicio de la palabra y el servicio de la caridad. Una armonía tal, que constituye una verdadera levadura que hace crecer al cuerpo comunitario.

*¿Cómo vivo la corresponsabilidad y la subsidiariedad en nuestras Comunidades? ¿Son fuente de cohesión o de rivalidad? ¿Cómo nos hacemos siervos de nuestros **Hermanos de Comunidad**? ¿Cómo aprendemos a tener cuidado de nuestros co-Hermanos aislados, deprimidos o que tienen necesidad de afecto o de atención?*

g) Construir la comunidad fraterna es, aceptar como consecuencia, acoger, como Pablo, la gracia de **la conversión** (Hechos 9, 1-30). En efecto, Pablo, se dejó llevar de la mano por sus compañeros de camino a fin de poder entrar en Damasco. Tres días más tarde, Ananías fue a su encuentro para llevarle a la fraternidad cristiana: *“Saulo, hermano, el que me ha enviado, es el Señor, es Jesús, el que se te ha aparecido en el camino.”* (Hch 9, 17)

En consecuencia, mientras que su vida estaba amenazada a causa de Cristo, unos hermanos acompañan al nuevo miembro de la comunidad hasta Cesarea para protegerle.

¿Sabemos dejarnos coger de la mano y proteger por nuestros Hermanos? ¿Nos atrevemos a tender la mano al desconocido que el Señor nos envía para integrarle en nuestra fraternidad?

h) Vivir la comunión fraterna es abrirse a la **sorpresa de Dios** que nos enseña a ir más allá de las fronteras y a pasar a la otra orilla, para mirar a la persona y a las intenciones de su corazón. Efectivamente, Dios hizo entender a Pedro que tenía que salir de sí para acoger a Cornelio (Hch 10, 1-48) y para *“vivir la proximidad, el estilo de vida juntos, que transforma toda relación interpersonal en una experiencia de fraternidad.”*²⁹ Esto nos vuelve otra vez a nuestra capacidad de abrir puertas para ensanchar nuestro espacio. Parece arriesgado, seguro, pero es el precio que tenemos que pagar si queremos convertirnos en comunidad fecunda, gozosa y sensible a los sufrimientos de los hombres.

i) Realizar la comunión fraterna es tener un **corazón abierto**, sensible a Dios y acogedor de los hermanos como lo hizo Lidia (Hch 16, 1-15). Es también, aprender a imitar la actitud del barquero que acoge y cuida las heridas de los dos apóstoles y que deja luego desbordar su alegría de pertenecer - de ahora en adelante - a la gran familia de Dios. (Hch 16, 25-34).

j) Vivir la comunión fraterna, es esforzarse en hacer de nuestras Comunidades **casas de Evangelio** y cenáculos de fraternidad, a ejemplo de la residencia de S. Pablo en Roma (Hch 28, 15-31). En el local que él había alquilado acogía a todos los que querían conocer a Jesucristo. *“Esta casa abierta a todos los corazones que buscan una imagen de la Iglesia que, aunque perseguida, incomprendida y encadenada no se cansa jamás de*

²⁹ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 87.

acoger con corazón maternal a todo hombre y a toda mujer para anunciarles el amor del Padre que se ha hecho visible en Jesús."³⁰ Eso implica también aprender a vivir una auténtica hospitalidad ecuménica, reconociendo al extranjero en todo lo que vale: hermano en Cristo. Y es, por fin, ejercer el **ministerio de la compasión** que preserva del hielo de la indiferencia y de la deshumanización.

¿Cómo andamos de todo esto en nuestras Comunidades?

3- Partir el pan juntos.

S. Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, informa que los primeros cristianos eran **asiduos a la fracción del pan** (Hch 2, 42). Desde los comienzos concedieron una enorme importancia a la Eucaristía, porque era la fuente en la que bebían la fuerza y la fidelidad. Ahora entendemos mejor cuando los historiadores nos recuerdan que en la época de las persecuciones, los creyentes se reunían en diferentes sitios de Roma para celebrar la Pascua del Señor. Era el Pan lo que nutría y acompañaba a los que entregaban su vida para dar testimonio de Cristo dejándose ser "*pasto de las fieras*" y "*trigo de Dios*".³¹

En el siglo III, cincuenta cristianos de Cartago fueron arrestados al final de una celebración eucarística y las autoridades de la época, les pidieron que abandonaran su participación en la Pascua del Señor. **Emérito**, en nombre de todos respondió: "*Renegar de la Eucaristía es renegar de Cristo y ¿no sabes que los cristianos no pueden vivir sin la Misa?*"³² Pero ¿por qué este apego a la celebración eucarística? Los primeros cristianos comprendieron muy bien el vínculo fundamental que existe entre la Eucaristía y su identidad cristiana. Estos vínculos

³⁰ Papa Francisco, Audiencia general, del 15 de enero de 2020.

³¹ Ignacio de Antioquía, Carta a los Romanos.

³² P. Guillaume de Menthère, Conferencia: "*La Iglesia hecha Eucaristía y la Eucaristía hecha Iglesia*", 7 de abril de 2002.

los expresó formidable y elegantemente en la afirmación del P. Henry de Lubac: *“La Iglesia hecha Eucaristía y la Eucaristía hecha Iglesia”*.³³

En este sentido, el Concilio Vaticano II presentó la Eucaristía como fuente y meta de la Vida Cristiana. En tanto que fuente, alimenta y vivifica nuestra comunión fraterna³⁴ y en cuanto meta, nos recuerda que Jesús es el único camino que nos conduce a ella. Por otra parte, el Papa Juan-Pablo II, en su Encíclica *“Ecclesia de Eucaristia”*, afirma con convicción, que la Iglesia vive de la Eucaristía y que ésta, *“lleva a su perfección la comunión con Dios-Padre, gracias a la identificación con el Hijo Único por la acción del Espíritu Santo.”*³⁵ Yendo un paso más, el Papa recuerda que la celebración eucarística, *“crea la comunión y educa para la comunión.”*³⁶ Efectivamente, S. Pablo, en su Carta a los Corintios (1 Co 11, 17-34) exhorta a los cristianos de esta iglesia a ser coherentes con lo que celebran. También la participación en la eucaristía implica la Comunión fraterna, la reconciliación y el perdón de las ofensas, porque ¿cómo celebrar juntos la eucaristía y presentar ‘una ofrenda agradable’ al Señor si no estoy - primero - reconciliado con mi hermano, que tiene algo contra mí? (Mt5, 23-24)

<p><i>¿Cómo vive hoy la Eucaristía mi Comunidad? ¿Cómo ayuda la celebración eucarística a nuestra comunión fraterna? ¿Cómo vivir en Comunidad la celebración del sacramento de la reconciliación?</i></p>

4- Orar personalmente y en Comunidad.

Los Hechos de los Apóstoles mencionan la *asiduidad y la fidelidad a la oración*, de los primeros cristianos. En repetidos momentos, Lucas nos describe a los Apóstoles y a los primeros

³³ P. Henri de Lubac. Meditación sobre la Iglesia, p. 78

³⁴ Papa Francisco, Querida Amazonia: n° 91-93.

³⁵ Papa Juan Pablo II, *“Ecclesia de Eucaristia”*, n° 34.

³⁶ Papa Juan Pablo II, *Ibíd.*, n° 40.

cristianos rezando. En efecto, con algunas mujeres - entre ellas María - se juntan y se recogen esperando la llegada del Espíritu Santo (Hch 1, 14). Invocan al Señor antes de la elección de Matías (Hch 1, 23-25). Pedro y Juan suben al templo para la oración vespertina (Hch 3, 1). La primera comunidad cristiana recibe el Espíritu Santo justo después de la oración (Hch 4, 31-32). Todas estas escenas evocadas por el autor del libro de los Hechos, - como formando un retablo -, quieren subrayar la importancia que los primeros cristianos concedían a la oración en comunidad. Rezar juntos, refuerza los vínculos fraternos.

En la extensa tradición de la Iglesia y de nuestra Congregación, la oración, - ya sea personal o comunitaria -, es la fuente a la que todo cristiano o todo Hermano acude a saciar su sed si quiere imitar al Maestro, que - durante toda su vida - estuvo en relación de comunión con el Padre. *“Sin la oración, - afirma S. Juan Pablo II - la vida religiosa no tiene sentido. Pierde el contacto con su fuente, se vacía de su sustancia y no es capaz de alcanzar su fin.”*³⁷ Y nuestra Regla de Vida, dice lo mismo cuando afirma:

Religiosos al servicio de la Iglesia, los Hermanos están llamados a ser, - por este motivo - hombres de oración. Integrado en una Comunidad apostólica, cada Hermano continúa siendo un ser único a quien Dios llama por su nombre y le reserva una tarea que nadie realizará en su lugar. Para responder a esta llamada, el Hermano busca a Dios en la verdad de su ser y de su acción, sostenido por la oración comunitaria y por la que él dirija privadamente al Padre "que ve en lo secreto". (C 42)

En otras palabras, de nuestra fidelidad a **nuestra oración personal y comunitaria**, depende nuestra fecundidad apostólica, religiosa y comunitaria.

³⁷ Papa Juan Pablo II, “A los religiosos y religiosas de Washington, el 7 de octubre de 1979”.

La oración comunitaria y personal, tanto como la liturgia, mantienen viva en nosotros la llama del amor, nos educa en la esperanza y alimenta nuestra fe. Progresivamente nos introduce en la comunión trinitaria y por ello refuerza nuestros lazos fraternos, porque aprendemos a celebrar juntos a nuestro Padre. Así pues, estar presente y participar en los ejercicios de piedad, traduce en concreto mi deseo de compartir el don de la fraternidad con los que el Señor me ha dado como compañeros de ruta. Por el contrario, puedo convertirme fácilmente en un simple *turista albergado en un hotel* que me proporciona una habitación y algo de comida.

¿Estoy presente en la oración comunitaria: laudes y meditación por la mañana y vísperas y adoración al Santísimo por la tarde? ¿Cuál es la profundidad de mi participación? ¿Con que calidad animo los actos religiosos cuando es mi turno? ¿Soy capaz de levantarme suficientemente a tiempo para estar en Laudes a la hora?

Numerosos autores espirituales no cesan de recordar la importancia de la oración personal para crecer en la intimidad con el Señor y en la proximidad con los Hermanos. Según el cardenal Decourtray: *“la oración es la comunión comprometida con la presencia, con la convivencia y con la intimidad con el Dios de Jesucristo.”*³⁸ Sin el ‘*encuentro personal*’ con el Maestro, no existe santidad, menos aún, conocimiento de Cristo y encuentro con Él, por tanto, no hay tampoco ningún crecimiento en la comunión fraterna. Cada paso que damos hacia Cristo es un paso más hacia el hermano. Ése es el importante llamamiento que hace ***Perfectae Caritatis*** a las personas consagradas: *“En consecuencia, los religiosos cultivarán con esmero constante el espíritu de oración y la propia oración, bebiendo de las fuentes verdaderas de la espiritualidad cristiana. Primeramente, no dejen de sus manos cada día las Santas Escrituras, para adquirir en la*

³⁸ Jean Lafrance, Nuestros Padre: El don de la oración, p. 99.

*lectura y meditación de los sagrados Libros "el sublime conocimiento de Cristo Jesús".*³⁹ Y ¿cómo olvidar el artículo de nuestra **Regla de Vida de 1825** que nos invita a seguir y a perseverar en la oración: *"No acortéis jamás el tiempo de meditación, bajo ningún pretexto, porque de todos los ejercicios, éste es el más importante."*⁴⁰

*¿Preparo la meditación como haría si tuviera que encontrarme con alguien muy importante? ¿Tengo un misal, una biblia o algún otro apoyo que ponga a mi alcance cada día la Palabra de Dios que la Iglesia me propone? ¿Consagro diariamente a la meditación los **30 minutos** que nos pide la Regla de Vida? ¿Dónde tengo costumbre de ir a prepararme para la Misa, ese tiempo previsto para mi encuentro personal con Cristo? O ¿es un tiempo que malgasto yendo a la iglesia para la Eucaristía?*

¡Donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón!
¡Aprendamos a hacer de nuestra meditación nuestro tesoro!
¡Que se convierta en la perla fina de nuestra vida, para cuya adquisición estemos dispuestos a vender todo! (Mt 13, 45-46)

Vender y compartir.

"Vendían todos sus bienes y posesiones y repartían el importe de la venta entre todos, en función de las necesidades de cada uno." (Hch 2, 45)

Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, no ha dejado de subrayar la generosidad de los primeros cristianos que no dudaban en deshacerse de todos sus bienes para compartirlos en función de las necesidades de cada uno. Si vendían todo era porque habían descubierto que el verdadero tesoro era Jesús. De esta forma, querían imitar *'al que no tenía ni una piedra donde*

³⁹ Perfectae Caritatis, nº 6.

⁴⁰ Regla de 1825.

reclinar la cabeza' (Mt 8, 20) y vivir así la bienaventuranza de la pobreza (Mt 5, 3) y (Lc 6, 20). El despojo de los bienes materiales iba dirigido a la caridad, al compartir y a la solidaridad: *"Ninguno de ellos vivía en la indigencia, porque todos los que eran propietarios de terrenos o inmuebles, los vendían y traían el importe de la venta para ponerlo a los pies de los Apóstoles, y luego lo repartían según las necesidades de cada uno."* (Hch 4, 34-35) Esto demostraba también su profunda comunión fraterna: *"La multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma. Nadie decía que algo era suyo, sino que todo lo tenían en común."* (Hch 4, 32).

En la tradición agustiniana, la vida comunitaria tiene por objeto tener *"un solo corazón y una sola alma"*. Para llegar a esto, los miembros de la Comunidad deben vivir un doble desprendimiento de sí mismos: desprendimiento de los bienes materiales y desprendimiento de sí. Nuestra vida fraterna en comunidad, - por nuestro voto de pobreza - implica **compartir bienes**, que es la caridad convertida en acto **de humildad**, el otro nombre del don total de sí. Así entendemos mejor a S. Agustín cuando afirma: *"Uno no se acerca Dios más que por la caridad. Ahora bien, donde hay caridad hay paz y donde hay humildad hay caridad."*⁴¹

Por otra parte, el Papa Francisco nos recuerda que nuestro voto de pobreza nos compromete igualmente a la **solidaridad**: *"La pobreza amorosa es solidaridad, comparte caridad y se expresa en la sobriedad, en la búsqueda de la justicia y en el gozo de lo esencial."*⁴² Ésa es pues la ruta que debemos emprender si queremos que la vida de nuestras Comunidades esté marcada

⁴¹ S. Agustín, *Ubis humilitas, ibi caritas*, Prólogo.

⁴² Papa Francisco, Simposio internacional sobre la gestión de los bienes eclesialístico de los Institutos de Vida Consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica al servicio de la humanidad y de la misión en la Iglesia, 8 de marzo de 2014.

por la sencillez y por la fraternidad que nos acercan a Quien se despojó de todo a cambio de la única riqueza: su comunión con el Padre.

Nuestro **Voto de Pobreza**, nos impulsa también a asumir nuestra propia vulnerabilidad: sin ello nos será imposible hacernos cercanos a los que nos piden ayuda. También nos hemos comprometido a ir tan lejos como nos sea posible en '*el compartir los sufrimientos y las penas de nuestros hermanos*'. Esta invitación de Cristo a aceptar nuestra vulnerabilidad debería cuestionarnos nuestra vivencia de la vida comunitaria del voto de pobreza.

¿Nos atrevemos a vivir la fragilidad que presupone la vida en común? ¿Entregamos todo en la bolsa común: salario, indemnizaciones, donaciones, gastos de funcionamiento? ¿Hay alguno entre nosotros que dispone de más dinero que los otros? ¿Existe un verdadero compartir de los recursos financieros y una verdadera solidaridad entre las diferentes Comunidades de las Provincias y Distritos? ¿No hay Comunidades en la Provincia o Distrito que disfrutan de lo superfluo, mientras otras, no tienen ni lo necesario para vivir?

La credibilidad de nuestra Vida Consagrada se mide por el grado de nuestra capacidad de vivir con coherencia nuestro **Voto de Pobreza** que nos lleva a la **caridad**, al **compartir**, a la **solidaridad** y a la **comunión fraterna**.

Todos los días, con un único corazón.

"Todos los días, con un único corazón, frecuentaban asiduamente el Templo, partían el Pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón." (Hch 2, 46).

Lucas anota en los Hechos de los Apóstoles que los primeros cristianos participaban activamente en la vida común.

¿Cuándo? - *“Todos los días”*. ¿Cómo? - *“Con un único corazón”*. Con esta expresión: *Todos los días*, *“Con un único corazón”* quiere subraya de manera fina y sutil, la adhesión interior, diaria y voluntaria de los primeros cristianos a la invitación del Maestro que reúne a los que Él ha escogido para estar con Él. Esto es la columna vertebral sobre la que descansa la vida fraterna en comunidad: todos convocados y obedientes. Cuando alguno de entre ellos se enfrente a la persecución y se le pida que no vuelva a reunirse en el nombre del Señor, optará - sin dudarlo un instante - por obedecer a Dios antes que a los hombres. (Hch 5, 29).

La obediencia cristiana nos introduce en la gran familia de Dios. Porque quien escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica, es para Cristo *“su hermano, su hermana y su madre.”* (Mt 12, 50). De la misma manera, la vida fraterna en comunidad se convierte en el lugar privilegiado para aprender a discernir juntos, - en unión de espíritu y de corazón - la voluntad del Señor. Y como lo afirma S. Benito en su Regla, la obediencia que agrada a Dios es la de una comunidad de discípulos que obedecen con buen corazón y con alegría.

En un mundo marcado por el individualismo y la carencia de identidad, nuestro **Voto de Obediencia** nos enseña a caminar juntos y a contar con el otro para avanzar y crecer. Por este camino, el primer paso consiste en escuchar, porque, obedecer es - etimológicamente - **“escuchar”** (*ob-oedire, ob-audire*). Por consiguiente, comenzamos a obedecer cuando nos ponemos - en verdad - a la escucha los unos de los otros. A ejemplo de María y de José nuestra obediencia es fecunda y construye comunidad cuando nos abre a esta recepción total: *“he aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra”*. (Lc 1, 38)

El segundo lugar donde nuestro **Voto de Obediencia** nos cita es en el reencuentro comunitario, donde nos esforzamos en hallar juntos la unidad de corazón y de espíritu para el bien común. La presencia y la participación activa de cada miembro de la Comunidad son indispensables para ello. Abstenerse o

participar de manera indiferente, hiere la unidad del cuerpo. La piedra que cada Hermano puede aportar, contribuye a construir la casa común. Por otra parte, durante muchos años, los Capítulos Generales nos han recordado muchísimas veces la importancia del **Proyecto Comunitario** como pedagogía para aprender a caminar juntos.

¿Ha entrado verdaderamente mi Comunidad en este movimiento de la Congregación? ¿Cómo nos ayuda nuestro Proyecto Comunitario a prestarnos mutuo apoyo para crecer juntos? Como Superior Mayor, ¿acompañó a las Comunidades de mi Provincia o de mi Distrito en la elaboración de este Proyecto?

Nuestro **Voto de Obediencia** nos invita a comprometernos en el camino de la **responsabilidad**. Es responsable quien es capaz de dar la respuesta adecuada en el momento preciso. A veces, la irresponsabilidad nos paraliza, nos bloquea y nos impide atrevernos con la novedad. Eso es lo que confirma el testimonio del P. Timothy Radcliffe, antiguo Maestro de los Dominicos:

Según mi experiencia personal como Provincial, he sido testigo de “el misterio de la responsabilidad desaparecida” ... Un Capítulo Provincial constata un problema y encarga al Provincial que lo trate y lo resuelva. Se trata de tomar una decisión valiente. Solicita el consejo del Consejo Provincial. El Consejo encarga a una comisión que analice lo que se debería hacer. Pasan dos o tres años antes de esclarecer mejor los datos del problema. Seguidamente se envía el asunto al próximo Capítulo Provincial y ... así continúa el ciclo de la irresponsabilidad.⁴³

⁴³ P. Timothy Radcliffe, Carta: Dar su vida por la misión, Santa Sabina, Roma. 1994.

Únicamente los Hermanos responsables ayudarán a nuestras Comunidades a crecer en fraternidad y en humanidad. Con audacia y creatividad, atrevámonos a vivir nuestro Voto de Obediencia poniéndolo al servicio de la construcción de la casa común.

Con toda sencillez de corazón.

“Cada día, con un mismo corazón, frecuentaban asiduamente el Templo, partían el Pan en las casas, comían con ... sencillez de corazón.” (Hch 2, 46)

Este pasaje de los Hechos de los Apóstoles, hace alusión a las comidas que los primeros cristianos tomaban *“con sencillez de corazón.”* En la tradición bíblica, la expresión *“sencillez de corazón”* evoca las nociones de pureza, sinceridad, verdad, rectitud y fidelidad (Mt 5, 8) (Col 3, 22) (1 Co 5, 8) (2 Co 3, 11). Por otra parte, en la literatura ascética primitiva, el término *“Yahid”* - proveniente de la lengua siria, muy próxima al hebreo, así como al arameo hablado por Jesús - designa al asceta o al monje y significa la **sencillez radical** es decir la ausencia de cualquier división en el corazón del hombre. Y muchos Padres espirituales lo han relacionado con el Voto de Castidad que consiste en ser todo de Dios, amarle de todo corazón con toda el alma y con todas las fuerzas.

Nuestra Regla de Vida nos recuerda que nuestro **Voto de Castidad** se abre en la vida fraterna en comunidad. Para alcanzarlo *“los Hermanos se esfuerzan por vivir juntos el verdadero amor fraterno, mediante el don gozoso de sí mismos, la confianza mutua y una delicada atención a los demás.”* (D 40). Un Hermano que no encuentra esta presencia calurosa y este mutuo apoyo en comunidad, probablemente saldrá a buscarlo fuera, lo que no está fuera de riesgo para su compromiso de seguir más de cerca a Cristo en el celibato consagrado por el Reino. La vida comunitaria sólo se fortalece si se cuida y los momentos de

distensión comunitaria constituyen un excelente medio para consolidar lazos de unión entre nosotros. No tengamos miedo de pasar tiempo juntos, gratuitamente. La dicha de estar juntos es una llave de crecimiento, de fidelidad y de perseverancia para todos y cada uno. Nuestra **vocación** y nuestra **misión** ¿no es la fraternidad?

Nuestro **Voto de Castidad** nos introduce también en la dinámica del **compartir**. No se trata sólo de partir el pan de nuestros espíritus, sino - sobre todo - el de nuestros corazones. Concretamente, nuestras Comunidades tienen como vocación: ser lugares donde aprendamos a consolar a los que lloran, a proteger la mecha que aún humea o a la caña cascada, a infundir ánimo cuando el corazón duda o está ya roto. Obrando así, el miembro con dificultades, encontrará la fuerza que necesita para seguir valorando la belleza del celibato consagrado y la estima que había perdido, para volver a creer en su opción fundamental.

Nuestro **Voto de Castidad**, nos lleva también a vivir la **amistad**, factor de equilibrio para nuestra afectividad. De hecho, se trata de vivir el amor que nos hace iguales. Entre amigos, no hay sitio para el dominio ni para la manipulación. Una amistad como ésta, nos educa en la pedagogía trinitaria: respeto, igualdad, capacidad de asombro y fecundidad.

¿Cómo vivimos la prudencia y la transparencia en comunidad? ¿Cómo nos ayudamos mutuamente a ser fieles a nuestro Voto de Castidad?

Con alegría.

*“Cada día, con un mismo corazón, frecuentaban asiduamente el Templo, partían el Pan en las casas, comían **con alegría** ... alababan a Dios y contaban con el favor del pueblo entero.” (Hch 2, 46-47)*

“*Con alegría*” es la expresión elegida por S. Lucas para describir el clima feliz en el que se desarrollaban las comidas de los primeros cristianos. Pero la alegría de la que se habla, no se limita a los ágapes fraternos. Acompaña e impregna toda la vida diaria. Varias escenas de los Hechos de los Apóstoles corroboran esta afirmación. Los samaritanos expresan su alegría ante las numerosas curaciones obradas por los discípulos (Hch 8, 8). El eunuco que acaba de ser bautizado por Felipe reanuda su camino “*feliz*”. (Hch 8, 39). Y ¿qué mejor confirmación podemos encontrar que la conclusión de la Carta de Pablo a los ancianos de Éfeso?: “*Hay más dicha en dar que en recibir*” (Hch 20, 35).

La **alegría cristiana**, fruto del Espíritu Santo (Gal 5, 22) es esa dicha compartida, esa sonrisa que anima, ese gesto que reconforta y que apacigua, esa delicadeza que valora y que devuelve la confianza. En este sentido, María deja que brote su dicha en el Magníficat, por las maravillas que el Señor ha llevado a cabo en su vida (Lc 1, 47). Juan Bautista salta de gozo en el seno de Isabel durante la Visitación (Lc 1, 41). El padre se regocija y festeja el retorno de su hijo pródigo (Lc 15, 24).

Nuestro último Capítulo General afirma con rotundidad que el testimonio de una Comunidad alegre y feliz (CG 2018, n° 6) es determinante en el marco de una Pastoral Vocacional que quiera *ser convocante y significativa*. En este sentido, los hombres y las mujeres de hoy, en particular los jóvenes, son sensibles al amor fraterno vivido en comunidad, ya que duplica nuestra capacidad de alegrarnos y de ser felices con la alegría de los demás. Se sienten atraídos por la alegría que emana de nuestras Comunidades, mientras que la tristeza y la frialdad les alejan de ella. El Papa Francisco no cesa de recordarnos este testimonio tan importante para nuestro futuro:

“Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Una comunidad rica en alegría es un auténtico don del Altísimo, concedido a los Hermanos y a las Hermanas que saben pedírselo y que se aceptan mutuamente, comprometiéndose en la vida fraterna con confianza, bajo la acción del Espíritu.”⁴⁴

¿Cómo comunico mi alegría de ser Hermano? ¿Es contagiosa mi alegría? ¿Cómo da testimonio mi Comunidad de su alegría de ‘ser-hermanos-juntos’? ¿Podemos afirmar - como el Papa Francisco -: en cualquier sitio que haya Hermanos, hay siempre alegría? ¿Es nuestra alegría, la alegría de la frescura, la alegría de seguir a Jesús, la alegría que nos da el Espíritu Santo?

⁴⁴ CIVCSVA, “Alegraos”, nº 9.

CAPÍTULO III

OFRECER EL DON DE LA FRATERNIDAD

“¿Quién es mi prójimo?” pregunta el doctor de la Ley a Jesús (Lc 10, 29). Su pregunta se sitúa dentro del marco del diálogo de lo que hay que hacer para recibir la herencia de la vida eterna. En un primer momento, Jesús le propone amar a Dios y al prójimo. Pero queriendo ir más lejos, el hombre le pregunta por la identidad de este prójimo del que le habla. Respondiendo a su pregunta, Jesús le cuenta la parábola del Buen Samaritano que será nuestro hilo conductor en este capítulo.

“¡Vete y haz tu otro tanto!” (Lc 10, 37). La conclusión de este encuentro relatado por Lucas es un ‘envío misionero’: Jesús invita al anónimo doctor de la ley a ofrecer el don de la fraternidad a todos los que encuentre en su camino.

¿Representará este doctor desconocido a cada uno de nosotros? ¿A cada una de nuestras Comunidades? ¿A la Congregación? ¿Qué nos pide nuestro último Capítulo General sino ‘que seamos misioneros de fraternidad’?⁴⁵

En la escuela del Buen Samaritano.

“Mas él, queriéndose justificar a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Y respondiendo Jesús, dijo: Un hombre iba de Jerusalén a Jericó y cuando cayó en manos de unos ladrones que le despojaron, lo molieron a golpes y se marcharon dejándolo medio muerto. Y

⁴⁵ Capítulo General 2018, nº 22b.

aconteció, que transitaba un sacerdote por aquel camino y viéndolo, pasó de largo. Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndolo, le dejó de lado. Mas un Samaritano que también pasaba por allí, llegándose cerca de él y viéndole, se movió a misericordia. Y llegándose, vendó sus heridas, le echó aceite y vino y poniéndole sobre su propia cabalgadura, le llevó al mesón y cuidó de él. Y al otro día al partir, sacó dos denarios, y diólos al hospedero y le dijo: Cúidale y todo lo que gastes, cuando vuelva, te lo pagaré. ¿Quién, de estos tres te parece que fue el prójimo de aquél que cayó en manos de los ladrones? Y el doctor de la ley respondió y dijo: el que usó con él misericordia. Entonces Jesús le dijo: ¡Ve! y haz tú otro tanto.” (Lc 10, 29-37)

Si nosotros queremos dar respuesta a la llamada que nos pide que vayamos a la escuela del Buen Samaritano, esta parábola nos invita a desarrollar ocho actitudes que no apuntan - en principio - a *‘saber-hacer’* sino a *‘saber-ser’*. Después de contemplar cada actitud del Samaritano, dejémonos interrogar y animar por Dios en nuestra propia actitud personal y comunitaria.

El Buen Samaritano mira.

El sacerdote, el levita y el Buen Samaritano vieron todos al hombre malherido al borde del camino. Pero ¿qué hicieron los dos primeros? ¡Ignorarle!, evitan a la persona necesitada, mientras que el extranjero se acerca a él. De hecho, hay dos clases de miradas: la primera, lleva a volver la espalda, y la segunda obliga a volverse hacia el otro y acercarse. La primera ¡juzga, condena y etiqueta! como la del sacerdote y la del levita, la otra invita a acercarse y a facilitar la acogida de lo que hay de bueno en cualquier persona. Esta segunda mirada abre nuestros **ojos** *“para ver las miserias del mundo, las heridas de tantos*

hermanos y hermanas privados de dignidad” nuestros **oídos** “*para oír su grito que pide ayuda*” y nuestras **manos** para apretar las suyas y acercarles hacia nosotros “*para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de nuestra fraternidad*”⁴⁶

El Hermano o la Comunidad que logran valorar lo que hay de bueno en cada persona que el Señor pone en su camino, es ese **vigía**, ese **vigilante nocturno**, ese **profeta** que sabe adelantarse y prever con el calor de su presencia, con su amistad y con su fraternidad, ... todo lo que pudiera herir la autoestima del otro.

Aprender a mirar al otro con benevolencia y positividad es una semilla de fraternidad de la que el mundo está inmensamente necesitado hoy. Produce siempre frutos a su debido tiempo. No tengamos miedo de sembrar a manos llenas estas bellas simientes alrededor de nosotros. Nos cambiarán y transformarán nuestros diferentes lugares de vida y de misión. Con ello nos convertiremos en profetas de fraternidad.

¿Cuántos co-Hermanos, padres de alumnos, miembros del equipo directivo, niños y jóvenes necesitan nuestra mirada que levanta, valora y pone de pie? ¿Somos capaces de reconocer talentos en las personas con quienes vivimos y alegrarnos de ello? ¿Sabemos felicitar al otro y agradecerle el servicio prestado? O ¿siempre vemos el vaso medio vacío?

El Buen Samaritano simpatiza.

El Buen Samaritano “*sintió compasión ...*” (Lc 10, 33). El estado del hombre herido al borde del camino, no puede dejar indiferente a este viajero que tiene ojos que han aprendido a mirar. Se siente conmovido hasta lo más hondo de sus entrañas y se pone en el lugar de esta persona que le pide ayuda desde su extrema desgracia. La **compasión** que lleva dentro, hace que se adelante a la llamada de socorro de su hermano. Esta actitud de corazón, es la que borra la indiferencia y que infunde pasión,

⁴⁶ Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, nº 15.

audacia, ardor y dinamismo cuando se trata de consolar y de echar una mano fuerte al otro. En este sentido el Papa Francisco afirma que *“la credibilidad de la Iglesia pasa por ‘el camino del amor’ misericordioso y de la compasión.”*⁴⁷ Y la Iglesia es compasiva y misericordiosa porque es - fundamentalmente - **madre**.

Juan M^a de la Mennais estuvo tocado hasta lo íntimo de sus entrañas por la angustia de los niños de Bretaña, como Jesús, que se sintió conmovido por los pobres y por los pequeños de su tiempo y ¡de qué manera! se estremeció el corazón de Dios ante su pueblo esclavizado en Egipto. Tal fue la experiencia de compasión de Juan M^a, que se convirtió en la cuna en la que nació nuestra Congregación. *“Cuando el sacerdote Juan M^a veía a los niños ociosos vagabundear por la calles, sin supervisión, expuestos a todos los peligros, ... sintió piedad de ellos. Pero ¿cómo remediar este mal? Sólo había un medio: abrir escuelas. Por otra parte ¿cómo encontrar maestros, ya escasos de por sí? ¡Formándoles! Fue la decisión que tomó en 1818.”*⁴⁸

El Hermano o la Comunidad que practique la compasión se convierte en esa **“madre”** que adivina siempre las necesidades más sutiles de sus co-Hermanos, de los Laicos Menesianos, de los niños y de los jóvenes, para responder a ellas con la máxima discreción. Nadie ignora la importancia de la madre en el equilibrio de una familia y en el crecimiento armonioso de los hijos. Los Hermanos que poseen el don de la **empatía**, son verdaderamente un don precioso para sus Comunidades, con su capacidad para ser compasivos y misericordiosos. Son una verdadera bendición para los niños y para los jóvenes.

Aprender a compartir, es ejercitarse cada día en esa actitud cordial, afectuosa y respetuosa que cuida, que sana, que da

⁴⁷ Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, nº 10.

⁴⁸ H. Maurice Chotard y Roger Rigot, *“El Corsario de Dios”*, nº 54.

seguridad, que acompaña, que permite ofrecer al otro la presencia necesaria para su crecimiento y para caminar a su ritmo.

*¿Cómo construimos esa Comunidad compasiva y misericordiosa que engendra vida y fecundidad en el otro?
¿Somos fieles a la 'herencia de compasión' recibida de los Fundadores?*

El Buen Samaritano se acerca.

“El Buen Samaritano se acercó” (Lc 10, 34). En la Biblia, cuando Dios **se hace próximo** al hombre, es para infundirle confianza, protegerle y prestarle seguridad, la seguridad necesaria para su crecimiento. Al acercarse a los niños, como un buen padre de familia, Dios les permite tocar con su dedo su ternura. La proximidad del Samaritano es, ciertamente, la del padre que deja su confort para entregarse al otro. Esa actitud exige una disponibilidad real que lleva a entrar en contacto, a dedicar tiempo, a conocer, a visitar, a abrazar y a permanecer a la escucha. Esto implica *‘correr riesgos’* y *‘mancharse las manos’*. **Hacerse próximo**, nos lleva también a prestar atención a los más pobres y frágiles para compartir sus penas y sus alegrías, sus tristezas y sus esperanzas en su realidad.

El Hermano o la Comunidad que se ejercita en **hacerse próximo** a los hermanos, a los niños y a los jóvenes, a los Laicos Menesianos y a los educadores, es ese **“padre”** tierno, compasivo y misericordioso que les ofrece la seguridad que necesitan para crecer y desarrollarse. Muchas personas de nuestro entorno aspiran a esta proximidad que compadece, reafirma, protege y fecunda.

Acercarse es vivir día a día la metodología de la proximidad. Aprendamos a *hacernos cercanos* a los que están heridos al borde del camino y que nos piden ayuda. Ahí es donde el Señor nos cita para servirle, amarle y protegerle.

¿Cómo respondemos a esta expectativa, personalmente y en Comunidad? ¿Cómo llegar a ser un día una Comunidad de 'buenos samaritanos' para los que tengamos cerca?

El Buen Samaritano venda las heridas.

“El Buen Samaritano venda las heridas” (Lc 10, 34) del hombre que ha sido maltratado por los bandidos en el camino de Jerusalén a Jericó. Para hacer este gesto, el hombre de Samaria, se presenta como un médico que cuida, que sana y que hace cicatrizar las heridas. Ésa es la intuición del Papa Francisco cuando compara la Iglesia con un hospital de campaña de un batallón, cuya principal misión consiste en *“Cuidar las heridas, aliviarlas con el aceite de la consolación, vendarlas con la misericordia y curarlas con la solidaridad de la atención.”*⁴⁹ Son muchos los heridos y los abandonados en las cunetas de nuestros caminos. La gran urgencia del mundo de hoy es: ser capaces de curar las heridas de los **Hermanos de Comunidad**, de los niños y de los jóvenes que nos han sido confiados por el Señor. *Están a nuestras puertas: no necesitamos salir a buscarlos fuera.*

El Hermano o la Comunidad que se dedique a cuidar a sus hermanos, a los niños y a los jóvenes, a los Laicos Menesianos y a los educadores heridos, con el aceite de la consolación, de la misericordia, de la solidaridad y de la atención se convierten en **“médicos”** que les devuelven la salud y la vida.

“Vendar las heridas, es esforzarse en vivir esa compasión, es cuidar a los más frágiles y encontrar respuestas globales y creativas a las fragilidades de los niños y de los jóvenes que llaman a nuestras puertas. Es la mejor metodología para sanar y cuidar. “Una escuela es un hospital. Los jóvenes están todos algo

⁴⁹ Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, nº 15.

enfermos, ... Sé misericordiosos con ellos como Dios es misericordioso contigo".⁵⁰

¿Cómo hacer hoy de nuestras Comunidades, hospitales de campaña que cuiden y mitiguen los sufrimientos? ¿Cómo ser como esos médicos que se encargan de todos los 'heridos por la vida', especialmente los niños y los jóvenes que nos piden ayuda?

El Buen Samaritano pone aceite y vino.

El Buen Samaritano vendeda las heridas del hombre asaltado por los bandidos *"untándole con aceite y vino"* (Lc 10, 34). La urgencia de echar una mano al que lo necesita, le lleva a dejar de lado sus propios proyectos y a interrumpir su viaje. Su preocupación por la vida del otro que está amenazado, saca a la luz, lo mejor de su humanidad y le lleva a **"untar con aceite y vino"** las heridas del hombre medio muerto. Pero, poner aceite y vino es la misión de quien se siente entre nosotros 'como el que sirve'. El aceite simboliza la unción de la ternura y el vino la alegría del don de uno mismo. Así, el Buen Samaritano sirve con ternura al hermano y se entrega total y gozosamente a su prójimo. Ésa es la misión del bautizado como sacerdote.

El Hermano o la Comunidad que sirve a todos los que están próximos a él, con ternura y alegría se convierte en ese **"sacerdote"** que pone el aceite de la misericordia y el vino de la santificación a través del simple testimonio de su vida entregada. Es la mejor pedagogía para entregar la vida y protegerla cuando está amenazada. De esta forma, el aceite y el vino constituyen el perfume precioso vertido, en un acto de amor y vida entregada para ayudar y servir a la vida. (Jn 12, 3).

Poner aceite y vino, es vivir día a día esa ternura eucarística en la que el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el

⁵⁰ Juan María de la Mennais, Carta al H. Henri-Marie, el 2 de noviembre de 1851.

Espíritu, se convierte en fuente de vida abundante para los que se cruzan en nuestros caminos. Es, ofrecer esa unción de ternura que cuida y sana todo lo que toca, que hace fecundo todo lo que era estéril, que suaviza todo lo que era áspero, que calienta todo lo que estaba frío, que fortifica todo lo que era frágil.

¿Estamos - con la gracia de Dios - en condiciones de dar respuesta a nuestro mundo, que espera impaciente a esos servidores de fraternidad, capaces de entregar su vida para que los otros vivan?

El Buen Samaritano le carga sobre su propia cabalgadura.

“El Buen Samaritano carga sobre su propia cabalgadura” al hombre medio muerto (Lc 10, 34). De hecho, lo que hace es **echar sobre sus hombros** su carga y sus heridas. Camina a su lado, aceptando sus fatigas y arriesgando su propio caminar. Comulga con sus sufrimientos. Regala su vida y su tiempo por amor y por compasión. *Cargar sobre su propia cabalgadura* es la misma actitud que la del **Buen Pastor** que cuida a su oveja herida. Es vivir el servicio de la fraternidad humilde y compasiva.

El Hermano y la Comunidad que sabe cargar sobre sus hombros los sufrimientos de sus Hermanos, de los chicos y de los jóvenes, de los Laicos Menesianos y de todos los heridos de la vida, es **“el Buen Pastor”**, que da la vida por sus ovejas.

Cargar sobre su propia cabalgadura es optar por la solidaridad positiva que consiste en ayudar al otro a llevar su carga para construir una fraternidad donde se aprende a tender la mano para avanzar juntos. Es - igualmente - permitir a la mecha que aún humea volver a ser luz que proporcione calor y esperanza a los que se le acerquen. Es, finalmente, ofrecer al otro la ayuda que necesita para seguir creciendo.

¿Acertaremos a responder con generosidad y disponibilidad a tantos que esperan de nosotros gestos como los del Buen Samaritano? ¿Cómo nos prestamos un mutuo apoyo para asumir las fragilidades y llevar juntos las cargas, cuando se trata de ofrecer el don de la fraternidad a aquellos que tenemos a nuestro cargo?

El Buen Samaritano le lleva - él mismo - a la posada.

“El Buen Samaritano lleva al hombre herido a una posada” (Lc 10, 34). Conducir, guiar es el gesto del pedagogo que ayuda a salir, a crecer, a iniciar el éxodo, a ponerse en camino, ... a vencer los obstáculos. De esta manera, como *educador despierto*, el Buen Samaritano señala el camino del crecimiento y de la curación al hombre herido. Pero también, - además - le acompaña en el camino poniéndose a su servicio y mitigando sus sufrimientos. *“La actitud pedagógica”* del Buen Samaritano reposa sobre una triple convicción que podríamos calificar de *‘profesión de fe’*. Acepta acompañarle hasta la posada. Ésa es su metodología para hacerle ver - lo primero - que confía en él: creer en alguien, es ayudarlo a crecer. Luego vemos también su *estrategia* para confirmarle su esperanza de curación: obrando de esta manera, le permite entrever su futuro en un nuevo amanecer. Finalmente, le ofrece su *cercanía* como testimonio de amor, expresándole de manera concreta, que *“la medida del amor es amar sin medida.”*⁵¹

El Hermano y la Comunidad que acompaña el crecimiento de sus Hermanos, de los chicos y de los jóvenes, de los Laicos Menesianos y de los miembros de los Equipos Educativos es esa **“pedagogía”** que pone de pie para iniciar un nuevo éxodo, abrir una nueva página o iniciar una nueva andadura.

⁵¹ S. Agustín, Principios del siglo V, Sermones.

¿De qué forma ayuda mi Comunidad al crecimiento de los que le han sido confiados? ¿Cómo les expresa su esperanza y su amor?

El Buen Samaritano le cuida.

“El Buen Samaritano le cuida” (Lc 10, 34). Efectivamente este hombre de Samaria ofrece su ayuda al desconocido cuya situación reclama piedad y compasión. Pero lo hace de forma desinteresada. Es la nota distintiva que distingue a la fe cristiana. En este sentido, si alguien cuida del otro y espera que el otro haga - a su vez - lo mismo con él, no hace nada nuevo, *eso lo hacen también los paganos*. (Mt 5, 46-47) También, - según la lógica del Evangelio - cuidar consiste en servir gratuitamente a los pequeños, a los débiles y a los últimos. Concretamente es - en nombre de Jesús - dar de comer al hambriento y de beber al sediento, es acoger al extranjero, vestir al desnudo y visitar al enfermo o al que está encarcelado (Mt 25, 31-46). Como el jardinero mima las plantas de su jardín, así el Buen Samaritano presta, al hombre malherido al borde del camino, todo lo que necesita para un nuevo comenzar.

El Hermano o la Comunidad que sabe prestar cuidados a los Hermanos, a los niños o a los jóvenes y a los Laicos Menesianos y a todos los que el Señor pone en su camino es el **“jardinero”** que cultiva rosas para esparcir su buen aroma y embellecer su fraternidad, su provincia o su Distrito, su Congregación y su Iglesia.

Cuidar es promover la ecología del otro que pasa por el **respeto**, la **protección** y la **fraternidad**.

*¿Cómo responde mi Comunidad a su vocación de ‘cuidar’?
¿Cómo sirve a los pequeños, a los débiles y a los últimos?
¿Cómo aplica el protocolo de **Protección de la Infancia** de la Provincia, del Distrito o de la Congregación?*

CONCLUSIÓN

Al finalizar esta reflexión, apoyado en la oración del **“Padre nuestro”**, - la oración que nos educa en la fraternidad -, quisiera que confiáramos al Señor nuestra **Vida de Hermanos en Comunidad**. *“Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles, si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas.”* (Sal 126, 1).

Padre nuestro,

Tú que nos ofreces el don de la fraternidad,
Te damos gracias porque nos has llamado
a ser Hermanos en Comunidad.

Que santifiquemos tu nombre,

aprendiendo a prestarnos mutuo apoyo
para caminar juntos hacia Ti.

Que venga a nosotros tu reino,

cuando nos esforcemos en convertirnos
en Comunidad y unos con otros
en artesanos de paz, de justicia, de solidaridad
de alegría y de fraternidad.

Que se haga tu voluntad,

apoyando nuestra Vida Fraternal en Ti Solo,
y en nuestro abandono en manos de la Providencia.

Danos el pan nuestro de cada día,
el de la comunión fraterna,
el de la Formación nunca acabada,
el de la Fidelidad a la Eucaristía
el de la oración personal y Comunitaria
para que no desfallezcamos en nuestras cunetas.

Enséñanos a perdonar a nuestros Hermanos,
como Tú nos perdonas,
para convertir nuestras Comunidades
en lugares de acogida, de perdón
y de sanación de heridas,
en islotes de misericordia
de los que tanto necesita nuestro mundo.

No nos dejes caer en la tentación,
del individualismo, de la envidia, del mutismo,
de la tristeza, del rencor,
de la maledicencia, de la calumnia,
de todo lo que hiere a las personas
y entorpece la fecundidad de nuestras vidas
de *Hermanos en Comunidad*.

Líbranos también,
de la indiferencia, de la búsqueda de la vanagloria,
de la ceguera, de la desconfianza,
de la aspereza, del confort, del miedo,
y de todo lo que nos impide cuidar
de los pequeños y de los débiles.

¡Dios sólo en el tiempo!
¡Dios sólo en la eternidad!

¡Amén!

H. Hervé ZAMOR, s.g.
25 de marzo de 2020.
En la solemnidad de la Anunciación del Señor.